

Una estrategia de izquierdas para Europa, amplia y de largo aliento

PEDRO MARSET

Exeurodiputado y exresponsable de Internacional de IU



I. Precedentes

Una vez fracasada la experiencia revolucionaria de 1848, así como la breve de la Comuna de París (1871), se canaliza la acción política revolucionaria en Europa por la vía democrática en los parlamentos nacionales. El capitalismo occidental prepara en la Conferencia de Berlín (1884) el reparto de África para asegurar el suministro regular de materia prima, energía y mercados, en lo que Lenin expuso más tarde (1916) como la construcción del imperialismo. Se asiste de esta forma a la preparación para la guerra con la II Internacional en contra. El Imperio británico había aprovechado su primacía hegemonizando el proceso, Francia intentó seguir sus pasos en África y Asia, lo mismo hizo Estados Unidos a partir de la doctrina Monroe (1823) con su «América para los americanos», Bélgica en su «Congo belga», asimismo Portugal en África y Asia, igual que los Países Bajos con Indonesia, participando incluso Italia y España para los restos. La preparación de los Estados industriales para esa guerra de demarcación era imparable, y la clase obrera no pudo mantener su rechazo internacionalista a la inminente guerra; la asumió como cuestión «patriótica», aprobando los presupuestos de guerra.

II. La Revolución soviética

La experiencia revolucionaria del siglo xx se inició con la Revolución soviética (1917). Esta ofreció un modelo global hacia la victoria con sus componentes económicos, sociales, culturales y políticos alternativos. Esta victoria favoreció una acumulación de voluntades revolucionarias en todo el mundo. El crac



de Wall Street once años más tarde (1929) y sus consecuencias sociales (paro, pobreza e insolidaridad), que como una ola se extendieron por todo el mundo occidental, planteó la necesidad y la oportunidad de aplicar esa experiencia revolucionaria en más países. También los protagonistas de la Revolución soviética vieron como necesaria esa posible ampliación para su supervivencia. La creación de los partidos comunistas a lo largo de los años veinte desde el seno de los partidos socialistas, con su urgente reclamo revolucionario, dio identidad propia al movimiento comunista que se constituyó por Lenin como Internacional Comunista (Komintern) en 1919. En el nuevo escenario europeo, tenso, de los años veinte y treinta, el enfrentamiento entre socialistas y comunistas (asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, 1919) debilitó a ambas formaciones y posibilitó el protagonismo de las tendencias antidemocráticas, fascistas. Al ser imposible llevar adelante en Europa occidental la vía soviética solo quedaban dos posibilidades: 1.^a) aplicar la propuesta de Keynes de incrementar el papel del Estado (estado del bienestar), ya iniciada por Roosevelt, para conseguir pleno empleo y grados superiores de protección ciudadana para los más necesitados (pensiones, subsidio por accidente, atención sanitaria, etcétera) con cierto protagonismo del capital público, o aplicar la 2.^a) basada en la ideología fascista, eliminando la democracia y el sindicalismo de clase para conseguir un rendimiento económico más sustancioso, como hicieron Alemania, Italia o Japón. La victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial (SGM) zanjó la cuestión a favor de la propuesta keynesiana, planteada en su mayor parte por los partidos socialistas.

En el curso de la Segunda Guerra Mundial llegó un momento, en la evolución victoriosa de las tropas soviéticas en el frente del Este, en que le era imprescindible a la Unión Soviética ofrecer garantías a sus aliados (Roosevelt y Churchill) de no fomentar «revoluciones» en Europa Occidental. De esta forma, Stalin disolvió la Komintern en 1943. El resultado fue que quedaron como protagonistas de la victoria las dos superpotencias, la norteamericana y la soviética, y Europa pasó a un segundo plano. No se dio ninguna alternativa conjunta de los partidos comunistas europeos sobre la reconstrucción de Europa. La experiencia de la guerra en Europa demostraba que esa victoria frente al fascismo había sido posible, es cierto, por la intervención y cooperación de Estados Unidos y la Unión Soviética, pero también por la fuerza unitaria de los «frentes populares» europeos. Estos, impulsados por Dimitrov desde la Komintern en 1935 al abandonar la línea anterior de confrontación con los socialistas, situaron como objetivo la defensa de la democracia. Ese potencial transformador y renovador de los frentes democráticos se evidenció en las primeras votaciones electorales tras la SGM con resultados importantes y significativos para los comunistas en casi toda Europa (Francia, Italia, Bélgica, Austria, Luxemburgo, etcétera). A partir de la disolución de la Komintern el enfrentamiento Truman-Stalin eclipsó a los comunistas en Europa Occidental, que solo en

Italia y Francia pudieron resistir. Truman hizo del anticomunismo una bandera tanto interna (macartismo) como internacional (Guerra Fría) con todas las consecuencias, y Stalin asumió igualmente la lógica del enfrentamiento con sus dimensiones interna (los gulags como símbolo) y externa (aprovechando el proceso de descolonización que la SGM había alentado).

La reconstrucción de una Europa destruida cayó en la dinámica de enfrentamiento entre las dos superpotencias. Se plegó Europa a la estrategia norteamericana, lo que impidió adoptar una estructura federal europea como propusieron desde el conservador británico Winston Churchill hasta el comunista italiano Altiero Spinelli (1941). El papel internacional de Europa se devaluó al alinearse con Estados Unidos. El Plan Marshall (1948-52) inició esa dependencia, y el Tratado de Roma (1957) la confirmó. El Tratado de Washington, al crear la OTAN (1949), obligó a la creación del Pacto de Varsovia (1955) como respuesta. Al iniciar el Parlamento Europeo (PE) sus labores (1958), se constituyeron los partidos «europeos», ya conservadores y demócratacristianos europeos, liberales europeos, socialdemócratas y socialistas europeos, etcétera, pero no hubo posibilidad ni interés en constituir un partido comunista europeo. La izquierda revolucionaria no tenía proyecto europeo. Solo funcionó un grupo «técnico» de «comunistas y afines» que, mucho más tarde, en 1994, tras la disolución de la Unión Soviética y la conversión del histórico Partido Comunista Italiano en el Partido Democrático y su adscripción al Partido de los Socialistas Europeo, pasó a denominarse GUE (Izquierda Unitaria Europea). Solo en 2004, con sesenta años de retraso, se presentó el Partido de la Izquierda Europea en Roma, y con dificultades, con una propuesta de construcción europea de progreso y paz. La postura oficial del PCUS había sido que la revolución necesaria no se iba producir nunca en Europa por la pérdida del fervor revolucionario de su proletariado y, por lo tanto, solo cabía esperar a que el avance de los logros revolucionarios en el Tercer Mundo (Asia, América, África) incorporase por fin a Europa. Esta equivocada y mecanicista interpretación política del PCUS sobre Europa dejó a los comunistas europeos sin recursos propios y sin capacidad para elaborar una política común alternativa; solo posiciones testimoniales, inanes y unilaterales, desde cada uno de los países concernidos: las conocidas como «vías nacionales al socialismo». Para estas tareas queda claro que no hacía falta una Internacional. En esa tesitura, y como demarcación de fronteras ideológicas respecto a otros partidos «prosoviéticos» se constituyó el eurocomunismo, demasiado tarde y aquejado de improvisaciones.

Mientras tanto, la mayoría de los países del Tercer Mundo tuvieron en su seno iniciativas de lucha que emulaban la gesta del PCUS: construir por la victoria de las armas una alternativa socialista. La experiencia de Mao Tse Tung en 1949 frente a los nacionalistas demostró la viabilidad de tal postura como alianza del campesinado con las fuerzas obreras. Igualmente, en América, la victoria de Fidel Castro en Cuba en 1959 demostró esa viabilidad. Esta-



dos Unidos respondió con un recrudecimiento de la lucha anticomunista en todos los continentes (Vietnam, Camboya, Tailandia, Laos, Corea, Nepal, Indonesia, Sudán, Iraq, Irán, las dictaduras del Cono Sur de América, en Bolivia con el asesinato del Che —1967—, el golpe de Estado en Chile —1973—, etcétera). Mientras esta estrategia revolucionaria iba intentando nuevas victorias en todos los frentes, se hicieron evidentes las contradicciones en el seno del «espacio socialista», con las tensiones entre Moscú y Pekín, con la Yugoslavia de Tito o con los regímenes de Checoslovaquia, Hungría, Polonia, etcétera.

La profunda insatisfacción de la juventud europea y occidental con el «nuevo orden internacional» construido al acabar la SGM se manifestó en sus facetas más nucleares tanto en el mundo capitalista como en el «socialista», en París o Berkeley en el «Mayo del 68» y en las protestas de la «Primavera de Praga». Como si fuera un proceso común en uno y otro bloque, la juventud manifestó su disconformidad en ambos escenarios al cuestionar el modelo y la ideología del crecimiento cuantitativo. Justo por esas fechas el Club de Roma, con «Los límites del crecimiento» (1972), advirtió de la imposibilidad de seguir con ese modelo de crecimiento cuantitativo al ocasionar un grave desequilibrio biológico, irreversible e incompatible con la vida en el planeta. Estas llamadas de atención fueron despreciadas por ambas superpotencias.

Mientras, la sociedad soviética no se aprovechó del «Informe de Kruschchev» de 1956 para modificar el rumbo dictatorial que Stalin le había dado a la política soviética. Esta llamada de atención de la juventud occidental a partir de 1968 coincidió a su vez con la denominada «Crisis fiscal del Estado» (James O'Connor, 1973). El inesperado «paro estructural creciente» disminuía los aportes a las finanzas públicas justo cuando, como consecuencia de ese paro estructural, aumentaba la proporción de población con necesidades. Se completó este panorama problemático con la guerra por los precios de los combustibles (guerra del Yom Kipur, 1973).

La alternativa que el capitalismo tenía a mano ante el fracaso del modelo de Keynes era la globalización neoliberal (Milton Friedman), con sus recetas (más mercado, menos Estado) aplicadas por el Fondo Monetario Internacional (Planes de Ajuste Estructural, PAE), basadas en: a) aumentar el grado de plusvalía bajando los salarios directos e indirectos (precarización), b) la internacionalización del capital buscando paraísos fiscales (rebajando los impuestos), y c) la reducción del gasto público en todos los frentes sociales.

III. El mundo globalizado y la Unión Europea

Mientras se tambaleaba la economía del bloque socialista europeo en la década de los setenta, recurriendo a préstamos del FMI con las condiciones señaladas, el fracaso de la Revolución Cultural (1966-1976) de Mao obligó, merced



a un golpe de timón audaz de Deng Xiaoping, a adoptar (1978) una economía de mercado dirigida desde el Gobierno que cabalgaba sobre los hombros del imperante modelo capitalista, entrando al final de ese recorrido, en 2001, en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La victoria de los vietnamitas sobre Estados Unidos (1975) dio lugar a una visión de la política exterior norteamericana debilitada justo cuando Europa, la Unión Europea (UE), iniciaba un camino de consolidación y de mayor proyección internacional con los ingresos en la misma de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca (1973), Grecia (1981), España y Portugal (1986) y la Alemania reunificada (1990). La consolidación de la Unión Europea tras el Tratado de Maastricht (1992) le convierte en referente internacional, en actor económico y social, defensor de los derechos humanos y de la protección medioambiental a la vez que implanta el modelo de la globalización neoliberal. Esta Alemania reunificada y victoriosa completa la ampliación de la Unión Europea forzando la incorporación de la mayoría de países anteriormente «socialistas» que, «de repente», descubrimos que son en su mayoría, excepto Chipre y Malta, de derechas o de extrema derecha: República Checa, Letonia, Lituania, Estonia, Hungría, Polonia, Eslovenia, Eslovaquia (2004), Bulgaria, Rumania (2009) y Croacia (2012), llegando incluso a forzar la guerra contra Yugoslavia para consolidar ese espacio bajo su influencia.

Hay que valorar el hecho de que el Parlamento Europeo posee una dinámica parlamentaria que no determina en última instancia la acción cotidiana de gobierno (propias de la Comisión y del Consejo), con lo que los debates sobre cuestiones de principios, como los derechos humanos, adquieren máxima atención y profundidad. Así se explica la aprobación por el Parlamento Europeo de condenas a Israel por el trato a los palestinos (1998), o el apoyo a las negociaciones de paz del Gobierno de Colombia con las FARC, visitando incluso una delegación de europarlamentarios los campamentos de las FARC en San Vicente de Caguán en el año 2000, así como los llamamientos en favor de la lucha contra el cambio climático, etcétera.

Mientras, en 1979 comete la Unión Soviética un error de graves consecuencias: la invasión de Afganistán, aprovechada por Estados Unidos para conseguir la victoria de los «rebeldes» fundamentalistas, armándoles y presentándolos como los «conquistadores» de la libertad frente al comunismo. El empeoramiento de las condiciones internas de la sociedad soviética, unido a la recepción de las bajas militares de esa guerra, forzaron un cambio de sentido de la política gubernamental con Gorbachov y la Perestroika en 1985. El modelo de referencia que guiaba a los nuevos gobernantes fue, aparentemente, el escandinavo (Suecia), pero una vez desactivado el control del PCUS asistimos al hundimiento de la Unión Soviética.

A partir de ese momento las izquierdas revolucionarias buscan estrategias propias. El ejemplo más importante es el del Foro de Sao Paulo, en América Latina, iniciado en 1990 como diálogo anual de las izquierdas del continente



americano que van abandonando la lucha armada para volcarse en los cauces parlamentarios. Consiguen en varios países victorias muy significativas, como la de Hugo Chávez (1998) en Venezuela, Daniel Ortega (1985 y 2007) en Nicaragua, Tabaré Vázquez (2005) en Uruguay, Evo Morales (2006) en Bolivia y Rafael Correa (2007) en Ecuador. Victorias fruto del esfuerzo unitario y mantenido de varias organizaciones coincidentes en sus posturas en contra de la globalización neoliberal. Esas victorias de sectores amplios y unitarios impiden el recurso usual de Estados Unidos, el golpe de Estado, y en su lugar se recurre a batallas legales para poder destituir a esos nuevos líderes de la izquierda. Una consecuencia de esa dinámica puesta en marcha en América Latina es la convocatoria para el año 2000 del Foro Social Mundial en Porto Alegre.

La cumbre de la OTAN en Washington de 1999 señaló como uno de los peligros del futuro «el terrorismo». El atentado del 11 de septiembre de 2001 contra la Torres Gemelas dio lugar a una estrategia «dura» por la que la confesión por la OTAN de listados de «organizaciones terroristas» interrumpió los avances conseguidos en varios frentes como el palestino o el de los conflictos en América Latina, como en Colombia con las FARC.



70

IV. La izquierda alternativa en Europa ante el fracaso de la globalización neoliberal

A partir de la creación en 2004 del Partido de la Izquierda Europea (PIE), su tarea más importante ha sido la creación de una alternativa global de izquierdas para Europa frente al modelo de globalización neoliberal. Este objetivo se convirtió en más urgente a partir de la crisis financiera de las hipotecas *subprime* de 2008, crisis que se ha convertido en permanente, aumentando la precariedad. La respuesta a esa crisis por la juventud del norte de África, la «primavera árabe», desencadenó un amplio movimiento en el resto del mundo occidental, y parte de él se canalizó por Syriza en Grecia. La victoria de Syriza (Tsipras) en septiembre de 2015 levantó tanto suspicacias como grandes expectativas, hasta que la postura inflexible y «ejemplarizante» de Angela Merkel y su ministro de finanzas, Wolfgang Schäuble, impidió su cumplimiento. Gestión esta, la de Merkel y Schäuble, calificada por el filósofo alemán de la socialdemocracia, Jürgen Habermas, como vergonzante. El argumento utilizado por Angela Merkel, el mantenimiento de los criterios de convergencia (límites del déficit público), ha sido calificado ulteriormente como arbitrario y doctrinario.

La persistencia de la precariedad causada por la crisis financiera mundial de 2008 ha debilitado la confianza en las instituciones democráticas y en la propia democracia. Los tres ejemplos que demuestran ello son: a) el auge del nuevo fascismo en todos los contextos, b) la presidencia de Donald Trump, y c) los comportamientos sociales ante la pandemia.

Tanto en Europa, dentro o fuera de la Unión Europea, como en bastantes de los países de América Latina o en otros ámbitos, se multiplican las manifestaciones xenófobas y supremacistas, identitarias, véase el Brexit.

Con la presidencia de Trump una cosa ha quedado meridianamente clara, la amenaza de un futuro peor en todos los ámbitos, económico, social, político, medioambiental, sanitario, ético, etcétera, no es imposible. Incluso en un marco democrático. El panorama es abrumador en cada uno de los escenarios existentes. En el mundo occidental la degradación de la vida cotidiana, ya de por sí tensa, es consecuencia de la lógica neoliberal económica con el incremento del paro, de la precariedad y de la pobreza, con el debilitamiento persistente del estado de Bienestar (sanidad, pensiones, servicios sociales, etcétera), el agostamiento de oportunidades estables para la juventud, sin perspectivas, y la progresiva instalación en una degradación medioambiental suicida.

Las pandemias aparecen en la historia de la humanidad en el neolítico, con la agricultura y la ganadería. Ante una debilidad de las defensas naturales por cualquier causa (guerras, hambrunas, catástrofes, etcétera) se patogeniza uno de esos virus compartidos y se desencadena la pandemia (el cólera con el algodón al inicio de la industrialización). La actual pandemia tiene como marco biológico social la precariedad mantenida desde la crisis de 2008. En el famoso mercado de Wuhan en China se han reunido todos los componentes. La respuesta de las farmacéuticas en la confección y venta de las vacunas resume el núcleo de las conductas del mercado libre. Tanto la OMS como el Consejo de Seguridad de la ONU debían tomar drásticas y ejemplificantes decisiones.

La **construcción de la estrategia progresista en Europa** es difícil, pero no imposible. Hemos tenido una experiencia fallida, la de Grecia con Syriza, que se puede intentar de nuevo con un marco económico y político más receptivo. También se ha dado la experiencia de Portugal de apoyo progresista a una propuesta de solidaridad en la izquierda. Y está la experiencia de España, en donde se puede profundizar en la mejora del Gobierno de coalición, dotándolo de componentes más estables y firmes. Se trataría de reeditar, mejorándolos, los frentes populares como defensores de las conquistas democráticas. ★

